

DOCUMENTO

*PERSPECTIVAS DE LAS RELACIONES  
ESTADOS UNIDOS - LATINOAMERICA:  
PROBLEMAS QUE CONFRONTARA LA  
ADMINISTRACION REAGAN Y SUS  
PROYECCIONES HACIA EL AÑO 2000\**

ROGER FONTAINE (\*\*)

Mi tema esta noche es la forma y naturaleza de las relaciones Estados Unidos — Latinoamérica hasta el año 2000. Propongo entonces mirar hacia adelante en el futuro para discernir dónde estaremos, aquí en las Américas, al empezar la próxima década.

La primera pregunta, por supuesto, es: ¿Por qué? ¿Por qué intentar tal cosa?

1. Primero, no es porque tenga una bola de cristal de calidad superior. No soy un futurólogo profesional que presuponga tener habilidades para predecir cómo será el mundo en un par de décadas o en un par de siglos.

\* Esta conferencia fue dictada por el profesor Roger Fontaine en un acto académico organizado por el Instituto de Ciencia Política y el Servicio de Cultura y Prensa de la Embajada de Estados Unidos.

\*\* Roger Fontaine, miembro del "American Enterprise Institute", ex director de Estudios Latinoamericanos en el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, Washington, E.U.A.; actual asesor de la Administración del Presidente Reagan en asuntos latinoamericanos.

2. No, se trata de un asunto más personal. Como académico envuelto en una campaña política, uno llega a estar ligado a los problemas inmediatos, diarios, a los problemas del instante, que pueden desaparecer mañana. Así es la naturaleza de la política y es así como debe ser. Desgraciadamente la política partidista, después de un tiempo, con su énfasis en el aquí y ahora, puede impedirnos una visión periférica. Y esa visión periférica es necesaria para decirnos dónde estamos y a dónde vamos, y más importante, dónde deberíamos ir y cómo deberíamos llegar allá.

3. Por lo tanto, quiero volver atrás un momento y considerar lo que podría suceder a las Américas en el resto de este siglo y más allá.

Antes de proceder, debo confesar un prejuicio personal. Soy optimista, fundamentalmente optimista, sobre el futuro de las Américas; este hemisferio. Digo esto reconociendo los problemas pasados y presentes. No soy un utópico. Creo que el hombre no se perfeccionará a sí mismo o sus instituciones en el año 2000 o en el año 3000. Pero comparando las Américas con otras regiones del mundo, incluyendo Europa y comparando las Américas de hoy con las del pasado, existe en mi opinión y en la frase de un economista norteamericano Albert O. Hirschman "un prejuicio por la esperanza".

Mi segundo prejuicio es éste. Puedo ser un hombre de las Américas, pero soy primeramente un hombre de Norteamérica. Mi perspectiva es norteamericana. Mi educación es norteamericana. Mi visión, valores y creencias también lo son. Esta no es una excusa, sino simplemente el reconocimiento de un hecho básico e inalterable.

Una cosa he aprendido sobre escudriñar el futuro y ésta es que para hacerlo con algún éxito, uno debe empezar mirando el pasado. Quiero hacerlo en dos etapas. Primero, quiero retroceder 100 años, hasta 1880. Luego, querría mirar atrás de nuevo, esta vez 20 años, hacia 1960.

1880 es una fecha conveniente. Era el comienzo de la Administración del Presidente Garfield. Más importante era el comienzo o más exactamente el re-despertar del interés de Norteamérica en este hemisferio; un interés que había estado dormido por 50 años. Para ser preciso lo había estado por 49 años. En marzo de 1829 Henry Clay pronunció uno de los

más sombríos discursos en la historia de mi país. Clay había visto recientemente la instalación de su peor enemigo, Andrew Jackson, como Presidente. Clay había sido Secretario de Estado, bajo el Presidente anterior John Quincy Adams. Clay había sido siempre un campeón de la independencia sudamericana y como Secretario de Estado propuso un mercado común y pacto de seguridad del hemisferio occidental. Después de la instalación de Jackson anunció su retiro de la política. Realizó entonces comentarios sobre Sudamérica. Advirtió con amargura que su viejo amigo Simón Bolívar se había hecho nombrar, recientemente, a sí mismo, Presidente vitalicio, es decir, Dictador de Colombia. Clay dijo entonces que todas sus esperanzas de que hubieren en Sudamérica naciones libres y democráticas, se habían frustrado a medida que se informaba de desórdenes en los diversos países. Agregó que alguna vez había esperado que Sudamérica imitara a Norteamérica. Aquello no era ya posible. Pero, agregó que ahora creía que Norteamérica pronto imitaría a Sudamérica con sus hombres de a caballo.

Con la desilusión de Henry Clay llegó el fin de cualquier interés sostenido en Latinoamérica de los líderes norteamericanos hasta 1880.

Hacia 1880 el interés revivió. América estaba en paz de nuevo. Y había prosperado. Miraba hacia afuera. Más importante aún, el nuevo Presidente seleccionó como Secretario de Estado a James G. Blaine. Blaine era hombre poderoso, ambicioso y algo temerario. Era un ardiente nacionalista, buen escritor y mejor orador. Aunque nunca fue Presidente, Blaine fue el político más poderoso después de la guerra civil, hasta su muerte en 1893.

Blaine fue Secretario de Estado dos veces y verdaderamente creía que un Secretario de Estado tenía a su cargo la política exterior. Dijo también que era un poco temerario. En su primer período en ese puesto bajo Garfield, casi involucró a su país en dos guerras —una con México y la segunda con Chile. La segunda se debió, dicho sea de paso, al intento de Blaine de arreglar la Guerra del Pacífico. Los chilenos victoriosos no necesitaban de mediadores externos y así se lo dijeron a Blaine en un lenguaje muy claro.

De estos fiascos, Blaine, cuya estadía en el cargo terminó pronto por el asesinato de Garfield, adquirió experiencia y

tiempo para reflexionar sobre las relaciones Estados Unidos-Latinoamérica. De estas reflexiones surgieron dos ideas. Primero, este hemisferio tenía un futuro promisorio. Pero dicho futuro estaba amenazado por la guerra. La guerra entre los estados americanos involucraría inevitablemente a los poderes europeos —Blaine no confiaba en dichos poderes, en ninguno de ellos—, especialmente los británicos. Propuso, en consecuencia, un pacto de paz americano —quero decir, del hemisferio occidental— por el cual si la guerra estallaba entre estos países, se proveería de mecanismos, para obtener en forma multilateral y rápida un arreglo pacífico de las disputas.

Más tarde, Blaine propuso acercar a las Américas en una unión comercial más perfeccionada. Fue propuesto un sistema común de pesos y medidas. Una moneda común. Un ferrocarril panamericano. Incluso cuando Blaine llegó a ser Secretario de Estado de nuevo, bajo Benjamín Harrison, su primera iniciativa, su primera prioridad, fue llamar al Primer Congreso Panamericano en 1889 en Washington. Es una prueba de la ingenuidad de Blaine, el que al abrirse la Conferencia anunciara que el idioma oficial de la Reunión sería el inglés. No había traductores. Cuando la delegación argentina hizo presente que con una sola excepción todas las Delegaciones hablaban español, Blaine azorado le dio a la Conferencia su segundo idioma oficial.

Este fue un pequeño error. La falta mayor, fue la suposición de Blaine de que el hemisferio estaba listo para sus ideas, especialmente aquélla de “enfriar” sus relaciones con Europa. Pero no era así. Muchas de sus ideas, incluso la moneda común, fueron archivadas. No habría otra Conferencia Panamericana por otros 14 años.

Sin embargo, Blaine empezó algo. Y ese proceso a veces llamado Panamericanismo, continuaría desarrollándose. Tal vez no ha florecido, pero el concepto ha crecido y permanece vivo. Mirando hacia atrás un siglo, es importante ver cuán lejos hemos llegado. Creo que la idea hemisférica (para usar la frase del Profesor Arturo Whitaker) está aún bastante viva, incluso más de lo que jamás Blaine habría esperado.

Esa idea, la idea hemisférica, supone que las Américas son un lugar especial, separado del viejo mundo y capaz de un gran progreso humano a través de lazos más estrechos,

comerciales, políticos y de seguridad. Esta idea, al menos como yo lo veo, es un proceso, nunca completado, nunca perfeccionado, pero que se mueve hacia adelante de todas maneras.

Ocurre que yo creo que este proceso es bastante largo. Un siglo es sólo el principio. Además, la idea en sí misma aumenta y decrece en popularidad. A veces es rechazada o abandonada en una parte del hemisferio o en otra. Está aún sin resolver una controversia que arde desde Clay y Bolívar. ¿Cuán estrechos los lazos? ¿Deberían los Estados Unidos estar dentro o fuera? En otros momentos, particularmente en los Estados Unidos, la idea hemisférica es a veces cuestionada o incluso ridiculizada.

La actual administración de Carter, por ejemplo, muestra poco interés en el concepto. Esta actitud no es la primera vez que ha sido expresada, ni será la última. En el hecho, encuentro, especialmente en los Estados Unidos, una reticencia a pensar de sí mismos como un miembro de la gran familia americana. Esta idea es tan difícil para nosotros, como es para los británicos pensar de sí mismos como europeos y de ahí viene la ambivalencia de Gran Bretaña en cuanto miembro de la Comunidad Económica Europea.

Y sin embargo la idea persiste. Y persiste también en los Estados Unidos. Yo espero que persista, incluso que sea revivida en mi país en el futuro próximo.

En este punto, permítaseme decir que yo no soy un historicista. No creo que la historia esté dirigida hacia una sola e inevitable conclusión. Al revés de los marxistas yo no creo que haya ninguna ley de hierro del desarrollo histórico.

Pero en el hemisferio occidental hay direcciones generales y tendencias que sugieren que con suerte y una buena política podemos aprovechar oportunidades que tenemos juntos, y que no podríamos obtener actuando individualmente a solas.

Para el equilibrio de esta conferencia, permítanme ver si estoy en lo correcto. Yo he expuesto mi amplio tema mirando atrás 100 años. Permítanme ahora observar temas más específicos pasando a la otra etapa. Esta etapa es el examen del pasado reciente, esto es, las últimas dos décadas.

Para hacerlo, me gustaría que todos nosotros recordáramos cómo era el año 1960. El año 1960 está dentro del lapso

de nuestras memorias. Ciertamente está dentro de la mía que tomó la política y Latinoamérica, ambas, muy seriamente desde el principio. En 1960 para un norteamericano, a lo menos, el hemisferio, es decir, Latinoamérica, era una área de enorme peligro y una enorme oportunidad para los Estados Unidos de Norteamérica.

El peligro estaba simbolizado por la Cuba revolucionaria, cuyo líder, si no comunista, en ese tiempo era ciertamente antinorteamericano. La oportunidad estaba expresada en el objetivo fundamental de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy. Este objetivo era nada menos que una fundamental transformación política, social y económica de Latinoamérica en una década.

De acuerdo al mito, el interés de Norteamérica por el destino del hemisferio, empieza con John Kennedy. En realidad, comenzó en los últimos dos años de la administración de Eisenhower. En verdad que en el Departamento de Estado, bajo la tutela de John Foster Dulles, poco o ningún pensamiento se dio a la región debajo del río Bravo. Después del viaje del Vicepresidente Nixon a Sudamérica, una evaluación diferente le fue otorgada. En menos de dos años, la administración Eisenhower con el acuerdo de sus amigos y aliados en Latinoamérica revivió la OEA, fundó el Banco Interamericano de Desarrollo con su Fondo para el Progreso Social e hizo la promesa de que se harían más cosas. En todo caso, sobre una base bipartita, los Estados Unidos estaban preparados para tomar el hemisferio en serio.

En veinte años, ¿qué se ha logrado? Permítanme señalar tres áreas que comprenden la política, la seguridad y esa vasta área que llamaré socioeconómica. Sobre las dos primeras no se puede hacer cálculos precisos, pero quizás sí sobre la tercera. Lo veremos.

Empezaré por algunas observaciones políticas. En 1959 fue publicado un libro que tuvo mucha influencia en los Estados Unidos. Su título "El Ocaso de los Tiranos", fue escrito por el periodista Tad Sculz del New York Times'. Su tesis era simple. El probaba más allá de toda sombra de dudas que en el año 1960 Latinoamérica había emergido de su negro pasado y la democracia era no sólo una situación del futuro, sino también del presente.

En los Estados Unidos muchos le creyeron. Incluso en Washington y en la nueva administración, la tesis fue rápidamente aceptada.

Desafortunadamente el optimismo del señor Sculz no estaba bien fundamentado; fue, en el mejor de los casos, prematuro. Así, después de un año o dos de tranquilidad política sobrevino una serie de golpes de Estado. En Perú y Argentina. En Honduras y en la República Dominicana. La esperanza se transformó en cinismo o a lo menos en resignación. No podía ser de otra manera si uno considera la confianza de John F. Kennedy, quien dijo en septiembre de 1960: 'Siete años atrás había quince hombres fuertes en Latinoamérica . . . Hoy sólo hay 5. En tres años más no habrá ninguno'. La realidad, sin embargo, fue muy diferente. Desafortunadamente se sacó dos conclusiones erróneas, pero opuestas después de la experiencia de los primeros años de la década del 60. La primera conclusión es que la democracia es una planta extraña en Latinoamérica. Las virtudes del autogobierno nunca serán practicadas al sur del Río Bravo. La segunda conclusión era que la democracia falló en Latinoamérica, porque los Estados Unidos no pusieron bastante empeño. Yo argumentaría que de la frustración provocada por la segunda conclusión nació la actual doctrina de los derechos humanos, la cual en gran medida ha sido puesta en práctica por la administración Carter. No estoy aquí para discutir los méritos o defectos de esta política —ese es un problema para otro día—, pero debería observar tan sólo que ella sobrevino como resultado de una frustración previa respecto de los acontecimientos en Latinoamérica.

Mi propia visión respecto de las dos últimas décadas es ésta: Las instituciones políticas son una cosa frágil. Una vez rotas, son difíciles de reparar y el precio que se paga es muy alto. La región, particularmente algunos países, han pagado precios muy altos, debido en gran parte al rápido cambio en sociedades tradicionales. El proceso no ha sido ayudado por la aparición de grupos revolucionarios apoyados y alentados por fuerzas extranjeras hostiles; por ejemplo, los cubanos y eventualmente la Unión Soviética. Pero con todas las dificultades en los años recientes, algunos cambios positivos han ocurrido. La República Dominicana en 1978 tuvo un cambio

pacífico del poder. Gobiernos militares han devuelto el poder a los civiles en Perú y Ecuador y, podrían hacer lo mismo a fines de este año en Honduras.

Pero uno debe comparar este hemisferio con otras áreas del mundo para darse cuenta de cuán afortunado es el Nuevo Mundo. Pocos o ningún régimen en este hemisferio hay que pueda igualar la barbarie de Pol Pot de Camboya, o la Etiopía de Mengistu, o la Uganda de Idi Amín, o el Irán de Khomeini —la lista fácilmente puede ser alargada. El imperio de la ley en este continente es la regla, no la excepción. Mientras los derechos de los individuos varían bajo las leyes de cada país, costumbres y el gobierno del día, ellos son a lo menos reconocibles por el hombre civilizado. Lo mismo no puede decirse de cantidades de naciones del llamado Segundo y Tercer Mundo.

En el área socioeconómica llegamos a un orden de problemas diferentes. En 1960, el gobierno de los Estados Unidos vio a Latinoamérica y su pobreza como uno de los problemas críticos que encaraba mi país. Con posterioridad se inauguró la Alianza para el Progreso. ¿Qué sucedió?

Claramente, las brillantes esperanzas de los fundadores de la alianza no fueron realizadas. La región no fue fundamentalmente transformada en 10 cortos años. Y aun cuando yo no quiero minimizar los problemas que permanecen y que son grandes, debo decir, en esta era de fácil pesimismo, que mucho se ha conseguido. Permítanme señalar algunos hechos a modo de recuerdo:

Al hacerlo, yo recordaría primero los problemas. Por ejemplo, muchos países han experimentado un crecimiento no sostenido, sino errático. Hay problemas con la distribución de la renta, particularmente entre grupos rurales y urbanos. Muchos países no han resuelto el problema de la llamada población indígena, incluso el mío. Además, los mismos Estados Unidos, esa gran fuente de capital y tecnología, están mostrando turbadoras señales de senilidad económica. Ya no somos una maravilla de crecimiento económico. La productividad está de hecho declinando y muchos hombres serios se preguntan si los Estados Unidos podrán mantener su fertilidad tecnológica. Difícilmente he agotado los problemas, pero esta corta lista da una idea de ellos.



Pero hay otro lado, y en este también se ha progresado. Hay hechos sólidos para probarlo. Supongo que un indicador es éste. Veinte años atrás, tal vez la mitad de las repúblicas americanas habrían sido caracterizadas como países de baja renta. Hoy día, de acuerdo a las estadísticas del Banco Mundial, sólo un país en el hemisferio se califica como de baja renta. La mayoría son países de renta mediana y un cierto número está próximo a la etapa de pleno desarrollo.

Permítanme también citar algunas estadísticas sociales de nuevo del Banco Mundial. Una dice relación con la expectativa de vida; la otra con el alfabetismo de adultos.

La comparación de datos es sobre cinco países, todos de progreso mediano. De hecho, ellos están ubicados en la mitad del tramo de ingreso medio de la escala. Otros países, en otras palabras, son más ricos o más pobres y, por lo tanto, ellos son promedio en este hemisferio.

	Esperanza de Vida		Alfabetismo de adultos	
	1960	1975	1960	1975
Colombia	53	62	63	81
República Dominicana	51	60	75	81
Ecuador	51	60	68	74
Guatemala	47	57	32	47
Paraguay	56	63	75	81

Se ha hecho progresos. Pese al rápido crecimiento de la población, pese a los trastornos políticos, pese a las incertidumbres económicas.

Permítanme ahora proceder a examinar asuntos de seguridad internacional, y por tales quiero decir las grandes cuestiones de la paz o la guerra.

El logro más grande del hemisferio es su récord en relaciones internacionales. En alrededor de veinte años, sólo se peleó una guerra, entre El Salvador y Honduras en 1969. Para encontrar otro ejemplo, debemos remontarnos a una generación: la del Chaco, entre Paraguay y Bolivia.

Naturalmente, estamos excluyendo los conflictos internos. Estoy solamente hablando de guerras entre naciones. Pero ese récord es un logro notable. Comparen este hemisferio con el Medio Oriente o la región africana del Subsahara, donde tropas tanzanias ocupan Uganda; donde las tropas de Sudáfrica persiguen a las guerrillas del SWAPO hasta Angola, continuamente; donde Etiopía y Somalia pelean una brutal guerra que no está aún resuelta. Y esto es sólo una lista parcial, y sólo en relación a los conflictos internacionales de hace unos pocos años. Tampoco es el futuro de Africa muy brillante.

Así como su récord es bueno, las Américas han experimentado igualmente fracasos. Naturalmente, las relaciones entre algunas repúblicas americanas son a veces muy malas. Discutiremos algunos de los problemas potenciales más tarde. Y América Central aparece al borde de la guerra, la cual traspasa los límites nacionales. Y finalmente el mismo Tratado de Río, negociado en 1947, nunca ha funcionado bien cuando ha sido confrontado con la subversión por fuerzas extranjeras, a lo menos sobre bases multilaterales. En los años 60 el mecanismo no funcionó. Y Castro falló, porque su estrategia era pobre y porque los regímenes latinoamericanos, objeto de su ataque, probaron ser más firmes que lo que muchos pensaban posible. Y los Estados Unidos tuvieron entonces la voluntad por la vía bilateral de extender una asistencia militar que probó ser crucial para contraatacar las fuerzas fidelistas.

He discutido, aunque en forma esquemática, algunos de los éxitos y fallas de los últimos veinte años. ¿Qué será del futuro? La región ha atravesado una década tumultuosa. Predecir cambios radicales es riesgoso, si no necio. Tenemos cambios de gobiernos militares a civiles en muchas de nuestras repúblicas. Estas oscilaciones podrían ser caracterizadas desde la democracia a la dictadura, aunque esta descripción deja abierta muchas interrogantes.

Prefiero otra perspectiva. Hace ya algunos años escribí un ensayo en el "Washington Post" sobre este problema. Destaqué que la sucesión alternativa de un gobierno civil y uno militar en ausencia de algo mejor era una primitiva equivalencia funcional del sistema bipartidista. Esa afirmación me

hizo famoso, a lo menos en Washington. No era de mi predilección, por supuesto, pero aquel comentario contenía una idea, que es que cada sector —civiles y militares— puede y ha actuado como control de otro.

Esto puede ser válido para las próximas décadas. No espero que estos cambios pendulares terminen de una vez en varios países. Creo que la oscilación del péndulo será menos extrema; espero que en el caso de algunos países las instituciones civiles permanentes evolucionarán al final del siglo.

Para los norteamericanos, recomendaría lo siguiente:

**Primero**, ser pacientes. Construir un gobierno representativo y responsable no es fácil. Un siglo atrás, existían pocas democracias. Según algunos exagerados cánones, no existía ninguna democracia, incluyendo los EE. UU. La democracia no es inevitable, pero puede ser alcanzada en algunos lugares más pronto que en otros. Creo que las repúblicas americanas, con al menos 150 años de independencia, han conseguido mucho en este terreno, pese a las enormes dificultades. Además el estado de derecho, que es el fundamento del gobierno representativo, no es una cosa extraña y exótica para las Américas. Se puede contrastar la historia de este hemisferio con casi todo el resto del mundo: Africa, Asia, el Medio Oriente y Europa al este del Elba.

**Segundo**, ser tolerantes. Aceptar que las repúblicas americanas sean tan diferentes en sus instituciones políticas específicas y soluciones, como lo son en su historia y cultura. Ser diferente no es peor, ser diferente es simplemente ser diferente.

Agregaría algo más, y esto no es fácilmente entendido, especialmente por muchos norteamericanos. La democracia representativa requiere de una libre, leal y activa oposición. Esta no se alcanza fácilmente, ya que tanto gobierno como oposición deben compartir un consenso sobre los fundamentos políticos. Si no lo hacen, la oposición se convierte en un enemigo y la política llega a ser otra forma de guerra. Esto es verdad en muchas partes del mundo y todavía es cierto en algunos lugares de este hemisferio.

**Tercero**, ser cuidadosos. Cuando un país comienza a expresar opiniones sobre las soluciones políticas de otro, se está

involucrando directamente en los asuntos más delicados que una nación debe solucionar. Por consiguiente, los consejos que los extranjeros puedan dar son más eficaces en privado, con un profundo sentido de que uno no es omnisciente.

Pero lo que ocurra en el campo de la política en este hemisferio depende enormemente de lo que sucede con la economía. Aquí creo que el cuadro es bastante brillante. Una vez más no quiero minimizar los problemas.

Algunos países se están todavía recuperando de experiencias mal guiadas de los 60 y 70. La inflación sigue siendo un problema como también una enorme deuda externa. Demasiados países todavía son dependientes de sus importaciones de petróleo: los EE.UU., Brasil y muchos de los países de la América Central y del Caribe. Esta es una era en que el petróleo es muy caro e impone pesadas cargas presupuestarias a muchos de ellos.

Sin embargo, permanezco optimista, de acuerdo con las proyecciones del Banco Mundial de este año, América Latina tendría tasas de crecimiento per cápita entre el 2.2 y el 3.8% durante la próxima década. Este es el más alto pronóstico después del Este Asiático y el Pacífico.

Mi propio optimismo descansa en tres factores. Sólo puedo explicarlos muy brevemente y son: **Primero**, hay una clara tendencia en este hemisferio incluso, afortunadamente en mi propio país, hacia una economía de libre mercado. Los gobiernos en este hemisferio han tratado por demasiado tiempo de controlar el desarrollo. Esto no funcionó. Creo que la mayor parte del hemisferio ha aprendido las lecciones, muchas de ellas dolorosas, pero aprendidas pese a todo. En los próximos veinte años creo que la tendencia hacia la economía de libre mercado continuará. Esto será cierto, aunque no sea por otra razón que por el ejemplo tan negativo que ofrece Cuba. De acuerdo a las cifras del Banco Mundial, Cuba es el único país de la región que ha experimentado tasas negativas de crecimiento de su producto nacional bruto per cápita en promedio entre los años 60-78. Incluso entre los países llamados de economía centralmente planificada, Cuba fue el último. Incluso Mongolia lo hizo mejor. **Segundo**, el hemisferio occidental tiene una base enorme de recursos que se está empezando a descubrir. Por ejemplo, pienso no sólo que es poten-

cialmente autosuficiente en materia de energía, sino además que ésta abunda. Esto es así, si incluimos todas las formas de energía, petróleo, comprendido el petróleo pesado y el gas, energía hidráulica, carbón, energía nuclear, etc. Lo que necesita este hemisferio son mejores incentivos, y aquí no hay gobierno que pueda preciarse de haber hecho una gran obra desde mi punto de vista, incluyendo en esto, tal vez y con especial énfasis, el de mi país.

Además necesitamos más y mejor tecnología y cooperación en todos los frentes. Si hacemos esto juntos, habremos hecho más por promover la seguridad colectiva y el bienestar económico, sin mencionar la independencia política, que lo que puedan todas las demás medidas juntas.

Además de la energía tenemos también enormes recursos minerales y agrícolas. Este hemisferio tiene más tierra arable sin uso que cualquiera otra región en el mundo. Recién estamos en condiciones de tomar ventajas de este hecho.

Finalmente existe una creciente conciencia, y pienso que ella podría fortalecerse durante las próximas dos décadas: que las Américas son interdependientes, de que esto es algo positivo, de que debemos promover el crecimiento mutuo a través de un flujo más libre de capitales, tecnología, comercio y personas. El llamado de Henry Clay, para la creación de un mercado común del hemisferio occidental en 1825, fue prematuro. Nuestra creciente cercanía hace posible esta idea hacia el final del siglo.

Mi diagnóstico final tiene que ver con los problemas de seguridad de este hemisferio.

Hay un peligro que permanece vigente. Este es el marxismo-leninismo, respaldado por la Unión Soviética y por su más fiel aliado, Cuba. Pero el marxismo-leninismo es una ideología extraña a este hemisferio. Sus fracasos se pueden advertir en países tan distintos como Afganistán y Polonia. Luego de estos fracasos su atractivo disminuirá. Aún más, en 20 años creo que es posible que Cuba no represente ningún peligro para las naciones de este hemisferio, aunque está teniendo algunos éxitos que no gozó en los años 60.

Dije anteriormente, que aparte de los problemas de subversión, los antecedentes de este hemisferio son buenos. Uno siente la tentación de decir que tendremos el mismo resultado

en las próximas dos décadas; lamentablemente tengo mis dudas.

Empiezo esta parte final con una tesis interesante —no mía— del profesor Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard.

Su argumento es que América Latina ha evitado el conflicto, debido en gran parte a que su población tiene una baja densidad en países enormes con amplias áreas inhabitadas. Pero a medida de que la población se expanda hacia el interior, la preocupación acerca de la vulnerabilidad de sus territorios nacionales aumentará en el futuro. Este problema ocurrirá desde América del Norte hacia el Cono Sur. La guerra entre Honduras y El Salvador de 1969, es citada como un ejemplo de este tipo de problemas demográficos que puede conducir a un conflicto.

Esta teoría tiene mucho mérito en mi opinión y creo que nuestro hemisferio estará sujeto a este tipo de presiones, especialmente hacia el final del siglo.

El profesor Domínguez señala otro punto: prácticamente cada nación en este hemisferio tiene una disputa fronteriza a lo menos con uno de sus vecinos. La multiplicación de estos conflictos hace más verosímil la posibilidad de enfrentamientos serios entre estos países en las próximas décadas.

Finalmente, permítanme hacer algunos comentarios acerca de conflictos interhemisféricos actuales. Hay dos que me preocupan:

1º la demanda boliviana de tener una salida al mar; 2º el diferendo chileno-argentino acerca del canal Beagle.

No necesito relatar los hechos de ambos problemas, Uds. los conocen bien. Solamente puedo señalar que las posibilidades de una solución satisfactoria no son brillantes. Un problema que tiene sus raíces en una guerra de hace un siglo, que envuelve a tres partes, que implica delicados problemas de soberanía y desarrollo nacional, no puede ser resuelto fácilmente. En cuanto a Chile y Argentina, desde el punto de vista de América del Norte, parece ser mucho ruido y pocas nueces. Una disputa por tres pequeñas islas, de un remoto rincón del mundo, no parece ser seria. Pero, por supuesto, ello no es tan sencillo. Hay asuntos de orgullo nacional y de recursos que

están involucrados. Y no estoy tan seguro que una solución pueda lograrse, aun con la ayuda del Vaticano.

Si algunos de estos conflictos desemboca en una guerra, sería desastroso para las Américas. Distraería recursos, envenenaría las relaciones y costaría un número desconocido de vidas. Los efectos de un conflicto de esta índole se sentirían hasta el próximo siglo. Yo no sé si esto sucederá. Es una posibilidad.

Lo que puedo afirmar es que el mecanismo que nuestras Américas ha construido se ha oxidado y no estamos en condiciones para prevenir o aminorar los efectos de tal conflicto.

En cierto modo, estamos donde yo empecé con James Blaine, y ese es un pensamiento tranquilizador.